

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

POR NUESTRA PARTE SIN NOVEDAD

por Federico Villoch

*marzo/4
DUR*



(Del Cancionero de la Guerra)
A HORA que se respira olor de pólvora por todas partes y que no se oye hablar más que de batallas, invasiones, plazas rendidas, miles de prisioneros, bombardeos aéreos, paracaidistas, etc., vamos a «rendirle» homenaje al ardor bélico que enciende los ánimos, y dedicarle esta vieja postal descolorida a uno de los combates más reñidos y nombrados de nuestra campaña por la Independencia, en la provincia de Pinar del Río: el de Cacañajícara; y citar el comentario que hubo de merecerle a una infeliz negra mendiga tan célebre y glorioso hecho de armas.

El viejo y destartado cuartel de Dragones de la calle de la Zanja ha desaparecido, levantándose en su lugar un bello castillo, más anticuado aún en su forma externa de fortaleza medieval que el viejo cuartel del «tiempo España»; pero nuevo, flamante y cómodo, para desempeñar los servicios de la Cuarta Estación de Policía. Hacer la historia del cuartel de Dragones sería eso que llaman «descubrir el Mediterráneo». Con motivo precisamente de esa beneficiosa transformación que en aquél se ha llevado a cabo, vieron la luz infinitos datos y detalles históricos referentes a la fortaleza o cuartel que tantos servicios prestara al Gobierno de la Colonia; y también al de nuestra República, si bien ha visto el postalista, no sin pena, que han dejado de consignarse algunos que no hubiera estado de más dar a conocer por el interés que encierran.

Uno de ellos, el comicísimo que cuentan los historiadores de la Habana, referente a Doña Antonia Espiritu, primitiva dueña de un hospital que la misma había establecido allá por el 1700 en igual sitio. Suponemos que sería algo así como una clínica. ¡Y ahí es nada lo que pasó con Doña Antonia Espiritu!

La noche de su velorio —aquellos pintorescos velorios criollos de galletas, café, queso, cuentos y chismorros— estaba Doña Antonia de cuerpo presente en su hábito de Nuestra Señora del Carmelo, atestada la sala de compungidos vecinos de todas las clases sociales que, en torno a su cadáver, le rendían el tributo de su gratitud y cariño, cuando, de buenas a primeras, se sentó en la caja Doña Antonia Espiritu... y ya pueden nuestros lectores suponerse a dónde irían a parar, en su loca y espantada carrera, los sorprendidos y temerosos dolientes. Mas, restablecida la calma, volvieron los fugitivos sobre sus pasos, volviendo también la señora Espiritu a su estado de difunta, acomodada ya y resignada a su suerte. Lo que ella se diría: —Si es fuerza que tenga uno que morirse, murámonos ya de

una vez.
 Claro que la mentalidad de la época se imaginó un sucedido truculento, al estilo de los que nos cuentan los trágicos locutores de radio para solaz de sus espantados oyentes; pero no hubo más, sino que el cordón del hábito carmelitano con que habían amortajado a la difunta, llegado el momento de la expansión de los gases estomacales, hizo las veces de resorte, por lo ceñido y apretado que estaba, y tuvo sobrada fuerza para incorporar el cadáver en el ataúd y procurarles a los veladores el más terrible de los sustos. Doña Antonia era sumamente delgada, y ligera y sutil como su apellido: Espiritu.

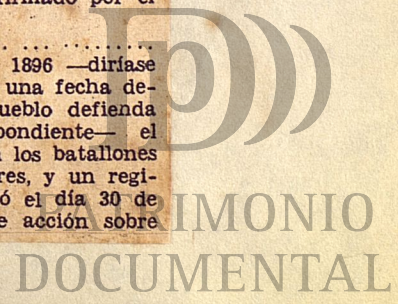
El primer cuartel de Dragones, capaz sólo para 120 plazas, se levantó en 1763, sobre un terreno de veinte mil metros cuadrados que cedió el Gobierno de España el Conde de Casa Bayona,

No os engalle vuestra obra
 que un tercio de que os sobra
 es lo que dais, seor Conde. (Lope).

siendo ampliado y reedificado en 1844 por el Excmo. señor Don Leopoldo O'Donnell, el tristemente célebre Capitán General de la Isla que decretó el fusilamiento de Plácido. Antes, en 1823, se había alojado en él, cuando era cuartel de Lanceros, el General Narciso López, procedente de Venezuela. En 1933, durante la revolución que siguió a la fuga de Machado, el cuartel de Dragones fué objeto de varios ataques; y ahora el progreso acaba de echarlo al suelo, victorioso, levantando sobre sus restos un bello castillo medieval que también como todo, y como todos, tendrá lo suyo en su tiempo, con su correspondiente postalita. Y vamos al comentario a que se refiere esta postal.

El comentario a que nos vamos a referir es cosa relativamente contemporánea, del día 3 de mayo de 1896, dos después de haber tenido lugar el reñido combate de Cacañajícara, en la provincia occidental, glorioso para las armas de la República, entre los Generales Antonio Maceo y Suárez Inclán. Tal día se recibió en la Capitanía General un parte de la guerra que decía: —¡Qué difícil resulta llegar a saber, en verdad, lo que dice un parte de la guerra; —pero, traducido a la realidad gubernativa, decía, en fin, textualmente, aquel parte de la guerra firmado por el General Valeriano Weyler:

que s'a- 3:gu-o
 «Habana, 2 de mayo de 1896 —diríase que ésta del 2 de mayo es una fecha designada para que cada pueblo defienda su independencia correspondiente— el General Suárez Inclán con los batallones de San Fernando y Baleares, y un regimiento de artillería, realizó el día 30 de abril pasado una brillante acción sobre



Antonio Maceo, atrincherado en Cacara-jicara, con parapetos de un metro veinte centímetros de tierra y madera, con dos órdenes de fuego, batiendo las avenidas insurrectas que ocupaban el fuerte y las maniguas inmediatas y que impedían el despliegue para el ataque. Se atacó a la bayoneta, y a los veinte minutos fué tomado el fuerte y arrasado, acampando sobre él y haciendo el enemigo 200 bajas. El General Inclán cumplió con precisión las instrucciones del Estado Mayor General, en su ida a Cacara-jicara, y regresó ayer a Bahía Honda. Por nuestra parte, sin novedad».

Frase que, repetida como un estribillo incansable, y sin excepción, en todos los partes de aquel tiempo, dió origen a aquella rumba callejera que decía:

Tiritos aquí,
tiritos allá;
y por nuestra parte,
un caballero muerto
y sin novedad.
El Corresponsal.

Pues con eso y todo, dos días después se corrió sotto-voce —esa voz que se procura ahogar en el hueco de la mano, como aquel que arriesga la cabeza si lo oyen— se corrió, decíamos, la noticia de que, procedente de la citada provincia occidental, arribaría entre dos luces, a la caída de la tarde, frente al cuartel de Dragones, habilitado provisionalmente para el caso como hospital, un tren conduciendo varios soldados heridos y contusos en aquel combate de Cacara-jicara; no llegando el convoy, precisamente, hasta la Estación de Villanueva, situada entonces, como es sabido, donde hoy se encuentra el Capitolio, para no llamar la atención pública. Ni por pienso que se pudiera arrimar a aquellos alrededores ningún repórter informativo con su cámara fotográfica, y menos ningún periodista armado de block y lápiz, para tomar notas del suceso. Las parejas del O. P. tenían encargo expreso y terminante de no permitir grupos por aquellos alrededores y esquinas próximas al cuartel, y, sobre todo, que se hiciesen comentarios de ninguna clase, acerca del asunto. Sólo en la esquina de Lealtad y Zanja veíase una humilde e insignificante negra vieja, cocinera o mendiga, con su jaba al brazo, de la que no se preocupaba nadie, al lado de un joven teniente de infantería, uno de aquellos pobres oficiales flacos, pálidos, caquéticos, que mostraban en su precaria figurilla las señales de aquella fiebre palúdica que los iba diezmando y devolviendo a la lejana patria, después de una vida de heroísmos y penalidades inútiles, ya, presa del morbo, para todo el resto de su vida...

Cayendo las sombras de la noche apareció al fin el triste convoy de carne humana, sangrante y macilenta, por la esquina de la Calzada de Belascoain; y re-frenando su lúgubre y lenta marcha, se detuvo frente al improvisado hospital de Dragones, por cuyas puertas se vió salir un buen número de sanitarios y camilleros, éstos portando sus correspondientes camillas. El silencio era absoluto. No obstante el optimismo de aquellos partes de la guerra que dieron cuenta del combate de Cacara-jicara, se vió, por el enorme contingente de heridos que traía el tren, que aquél había sido duro y sangriento. Los muertos de uno y otro bando allá quedaron, perdidos, unos; sepultados, otros, como se pudo, en las desoladas sabanas occidentales, a las faldas de los majestuosos Organos que habían sido testigos de la heroica lucha. Cuando mayor era el silencio, y más profundo el pánico que causaba en el espíritu la contemplación de aquel interminable desembarque de heridos, mostrando sus vendajes ensangrentados y sus caras contraídas por el dolor y la angustia más incon-solables, se oyó la voz de la negra vieja que comentaba el espectáculo, vaciando su expresión sincera en ese tono irónico, demostrativo de que no comulga el pueblo con ruedas de molino:

—¡Alabao sea Dió! —dijo la negra.—
¡Pero qué palisa má horrorosa le han dao a esta gente!

El endeble y palúdico tenientillo se ir-guló con toda la fiera energía del Cid, he-rido en su orgullo; desenvainó su espadín —que era una fusta de acero— y des-cargando sobre la procaz —y valiente— comentadora, repetidos y centelleantes cintarazos, la obligó a alejarse inconti-nente de aquel sitio.

Fuera ya del peligro, allá, Lealtad aba-jo, la apaleada se rascaba en distintas partes del cuerpo los cardenales produci-dos por la fiera tunda que acababa de re-cibir, marcando con sus inseguros pasos de negra vieja los compases que cantaba de la consabida rumbita callejera:

Tiritos aquí,
tiritos allá;
y por nuestra parte,
un caballero muerto
y sin novedad.
El Corresponsal.

En todos los países, y en todas las épocas, la musa popular ha glosado con sus canciones, sus frases y sus chistes sus grandes crisis sociales, bélicas y políticas; y Cuba no ha constituido la excepción de la regla. En la revolución del 93, los franceses tenían su Ca-irá ca-irá y la Carmañola; y nosotros, en la de agosto de 1906, el ¡Aé, aé, aé la Chambelona! y en la de febrero, a la terminación del menocalato,

el ¡A pié, a pié, a pié, se acabaron los ca-
baillos! Como la tonadilla de los tiritos,
durante el periodo de la Guerra de Inde-
pendencia, se improvisaron muchas por
el estilo, con motivo de sus personajes y
sucesos más destacados, las que el pueblo
cantaba al principio en voz baja y a es-
condidas, y después de la liberación a to-
do pecho y con el mayor regocijo, tales
como la de: **Tú lo ves, Fondeviela**, con la
que las multitudes atronaban las calles
en los días de la evacuación; la de: **Wey-
ler, patilla de Mono**; la de la **Meicochita**
a centavo, alimento con el que se enga-
ñaba al hambre en el bloqueo; la del:
Cabo de guardia, sonó un tiro; la de **Ten-
day ten dollar**, del juez correccional mis-
ter Pitcher, en la primera intervención
americana; la de: **A la voz de fuego, se**
va Covadonga; la popularísima rumba de
Mac-Kinley, y otras. En lo más crudo de
la guerra se cantaba, estimándose enton-
ces como canción subversiva; sotto-voce
y en el sagrado de la familia, la inspirada
y popular habanera «**Tú**», de Sánchez
Fuentes, con letra mambisa que decía:

Cubanos, en el cielo resuena una voz,
para darles valor,
en la lucha tremenda
de entusiastas patriotas
que con gloria empezó.

Martí, tu nombre venerado será,
cuando la historia
nos lo pueda mostrar,
insigne atleta sin igual pensador
de tu patria en orgullo
serás su primer redentor.

Las huestes que de Oriente vinieron
(veioz,
a la Habana llegaron,
infundiendo pavor
y el contrario de miedo tembló.

Muere cubano, y muere sin temor,
que el mundo entero
premiará tu valor,
y entre las balas
brillará tu pendón:

Como brilla la luz de los rayos del sol.

Lo mismo sucedía, durante la guerra de
los diez años, con la linda canción **La Ba-
yamesa**, letra de Fornaris, música de Cés-
pedes, con la que nos dormían nuestras
madres y abuelas, cantándola bajito, ba-
jito, para que no la oyeran desde la calle
los guardias y los serenos; y lo propio
acontecía, por su espíritu liberal, con la
canción revolucionaria española:

Marianita salió de Granada
y a su encuentro se halló un militar
que le dice, Marianita hermosa,
vuelva vuélvase usted para atrás...

En la Post-Guerra también se «saca-
ron» muchas tonadillas y cantos popula-
res, destacándose, entre otros, por su opor-
tuna aplicación, las claves de **Martí** y de
Maceo; y la muy popular que se cantaba
en casi todas las obras vernáculas:

Aquí falta una VOZ...

De unas y otras pensamos ocuparnos,
próximamente, en varias postales desco-
loridas, bajo el subtítulo del **CANCIONE-
RO DE LA GUERRA**.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

M. Mayo 9/41